

mentos! No hay señales de enemigo ni razón para temer que venga con tan mal temporal. Lo mejor sería volverse á Zempoalla y en la mañana ya estaremos prontos para el combate, si se presenta Cortés.

Narvaez accedió á este dictámen que era tambien el de su gusto. Antes de retroceder apostó dos centinelas no lejos del rio, para que le avisasen si se acercaba Cortés y evitar una sorpresa. Destacó una partida de cuarenta ginetes con lo que creyó que estorbaria que Cortés llegase á Zempoalla, y despues de tomar estas medidas se replegó á sus cuarteles antes de que entrase la noche.

Ocupó el templo mayor de la ciudad: era aquel una pirámide de piedra, á la cual se subia por una escalera que habia en una de sus caras. En el santuario en que remataba el templo, se alojó con una fuerte partida de arcabuceros y ballesteros. Otros dos templos que habia dentro del mismo atrio, quedaron custodiados por destacamentos de infantería. Situó su artillería que consistia en diez y ocho cañones pequeños al pié del teocalli y la caballería quedó encargada de protegerla. Despues de distribuir sus fuerzas de esta suerte, se retiró á su aposento y se entregó al descanso con tanta confianza como si su rival hubiese estado mas allá del Atlántico, en vez de estar en un riachuelo inmediato.

Este riachuelo estaba ahora convertido á causa

de las lluvias en un torrente impetuoso: difícil era vadearlo: el pié á cada momento vacilaba en las piedras resbaladizas en que se asentaba, y la dificultad del paso del rio aumentaba por la oscuridad y la lluvia. Por último, ayudados de sus largas lanzas consiguieron atravesarlo todos, escepto dos que fueron arrebatados por la fuerza de la corriente. Despues que llegaron á la orilla opuesta encontraron nuevas dificultades, pues el camino que nunca era bueno, ahora era doblemente difícil á causa del cieno y de la maleza.

Encontraron una cruz que ellos habian erigido al internarse en el pais: tuviéronla por buen agüero y Cortés arrodillándose delante del signo bendito, confesó sus pecados y protestó que el objeto que le llevaba era el triunfo de la fé católica. Todo el ejército siguió su ejemplo y recibió la absolucion del padre Olmedo, que invocó la bendicion del cielo sobre aquellos guerreros que habian consagrado sus aceros á la defensa de la Cruz. Despues de esto se alzaron del suelo, se abrazaron cordialmente como compañeros y cobraron nuevo vigor. El incidente es curioso y dá á conocer perfectamente el carácter de aquella época en que la religion, la guerra y la rapiña se hermanaban tan estrechamente. Junto al camino habia un bajo monte, donde se apearon Cortés y los pocos ginetes que llevaba y ataron á los rboles los caballos para que se guareciesen un po-

co de la tempestad. Allí dejaron los bagages y todo cuanto podia estorbar los movimientos, y les dirigió el general las últimas prevenciones. "Todo depende de la obediencia," les dijo; "que nadie por el deseo de señalarse se salga de sus filas: del silencio, de la prontitud y eficacia con que obedezcais á vuestros oficiales depende todo el buen écsito de la empresa."

Caminaban silenciosa y cautamente, sin toque de tambor ni de corneta, cuando de súbito tropezaron con los dos centinelas que habia apostado Narvaez para que le avisasen de la llegada de su enemigo; pero se habia hecho esto con tanto descuido que los dos fueron sorprendidos en su puesto, y uno solo logró escaparse, aunque con gran dificultad. El otro fué traído á la presencia de Cortés: todos los esfuerzos que se hicieron por saber algo sobre la situacion de Narvaez fueron inútiles, pues el soldado permanecia obstinadamente en silencio, y aunque se le amenazó con la horca y se le llegó á poner una soga en el cuello, quedó indómito su heroísmo espartano. Afortunadamente no se habia verificado ningun cambio en la posicion de Narvaez, despues de las noticias de Duero.

El otro centinela llevó al campo de Narvaez el aviso de que se acercaba Cortés; pero no quisieron creerle sus camaradas cuyo sueño habia venido á interrumpir. Este, decian, ha visto visiones con el miedo; el ruido de la tempestad y de las hojas le ha

parecido que era el de un enemigo. Cortés y los suyos están al otro lado del rio, y algo tendrian que tardarse para pasarlo en semejante noche. Narvaez participó de esta duda ciega y el no creído centinela se retiró á su cuartel, amenazándoles inútilmente con las consecuencias de aquella incredulidad.<sup>1</sup>

Cortés, figurándose que el aviso del centinela habria alarmado al campamento enemigo, aceleró el paso. Al acercarse percibió una luz en una de las torres mas elevadas de la ciudad. "Allí está Narvaez," dijo á Sandoval, "y aquella luz nos va á servir de guía." Cuando entraron en la ciudad quedaron sorprendidos los de Cortés de no encontrar quien los sintiese, y ni un solo síntoma de alarma. No se oia ningun ruido fuera del de sus pisadas acompasadas, medio encubierto por el rumor de la tempestad. Con todo, no pudieron moverse tan silenciosamente que nadie los oyese al desfilarse por las calles de la populosa ciudad: las noticias llegaron al cuartel, donde en un momento todo se volvió confusion y barullo. Las trompetas tocaron alarma: los dragones acudieron á sus caballos y los artilleros á sus cañones. Narvaez se puso luego su armadura, se rodeó de su guardia é hizo que bajasen al atrio

<sup>1</sup> Relac. seg. en Lorenzana, pág. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Herrera, Hist. General., dec. 2, lib. 10, caps. 2, 3.

los que estaban en los otros dos teocallis. Dió todas aquellas órdenes con frialdad, porque aunque faltó de prudencia, no lo era de serenidad y valor.

Todo esto fué obra de pocos minutos que bastaron á los españoles para llegar á la calle que conducía directamente al campamento. Cortés mandó á los soldados que se arrimasen á las dos aceras de ella para que las balas de cañon pasasen sin hacer daño.<sup>1</sup> No bien se presentaron á la boca calle cuando la artillería de Narvaez rompió un fuego general; afortunadamente las punterías eran muy altas y las balas pasaron sobre las cabezas de los soldados, y solo tres de ellos cayeron heridos. No dieron tiempo al enemigo para rehacerse: Cortés pronunció la palabra convenida: "¡Espíritu Santo, Espíritu Santo, á ellos!" y en un momento Olid y su division se arrojaron sobre los artilleros á quienes traspasaron ó derribaron con las picas, y se apoderaron de los cañones. Otra division trabó un combate con la caballería, y la entretuvo mientras Sandoval con su puñado de valientes subia la escalera principal del templo. Recibiéronles con una descarga de proyectiles como saetas y balas de mosquete, pero como la puntería era incierta y la noche os-

<sup>1</sup> "Ya que se acercaba al aposento de Narvaez, Cortés, que andaba reconociendo y ordenando á todas partes, dijo á las tropas de Sandoval: Señores, arrimaos á las dos aceras de la calle para que las balas de la artillería pasen por medio sin hacer daño." *ibid.*, ubi supra.

cura, no les hicieron daño considerable. En un minuto los que atacaban se encontraron en la plataforma del templo luchando brazo á brazo con sus defensores. Narvaez peleaba valientemente y animaba á los suyos: su porta-bandera cayó junto á él con el pecho atravesado; y él mismo recibió muchas heridas, porque su espada corta no bastaba contra las largas picas de sus adversarios. Por último, recibió un lanzazo en el ojo izquierdo, y dijo el desgraciado: "¡Santa María!" Los de Cortés al oír aquel grito, exclamaron: ¡Victoria!

Inutilizado y medio loco á resultas de su herida, lo llevaron al santuario. Los que atacaban intentaron forzar una de las entradas, que fué vigorosamente defendida; pero al fin, tomó un soldado una tea encendida y puso fuego al techo de paja, que comenzó á incendiarse en pocos momentos. Los que estaban dentro se vieron precisados á salir para que no los ahogase el humo y el calor. Un soldado nombrado Farfan cojió al herido comandante y le sacó fácilmente á la plataforma: le arrastraron violentamente por la escalera y le pusieron grillos. Los suyos al ver la dura suerte de su jefe, cesaron en su resistencia.<sup>1</sup>

Durante este tiempo, Cortés y Olid habian trabado una refriega con la caballería y la habian der-

<sup>1</sup> Demanda de Cavallos en nombre de Narvaez, MS. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 49.

rotado, despues de que ella habia hecho varios esfuerzos por abrirse paso por entre la densa turba de picas con las que muchos quedaron desmontados y algunos muertos. El general dispuso entonces el ataque de los otros *teocallis*, intimando antes á las guarniciones que se rindiesen. Viendo que se rehusaban, mandó traer la artillería para descargarla sobre sus propios dueños, acompañando todas estas amenazas de las ofertas mas ámplias de olvidar lo pasado y de darles parte en todas las ventajas que se sacaran de la conquista. Una de aquellas guarniciones estaba á las órdenes de Salvatierra, el mismo oficial que habia hablado de cortar las orejas á Cortés. Al momento que supo la suerte de su general, le dió una enfermedad tan violenta, que le inhabilitó para pelear. Apenas recibió la guarnición una descarga de la batería, cuando se rindió. Cuentan que en esta ocasion recibió Cortés un auxilio inesperado: el aire estaba poblado de *cocuyos*, insectos que emiten una luz fosfórica bastante intensa y suficiente para leer con ella. Aquellas luces errantes parecieron á los angustiados sitiados, en medio de la oscuridad de la noche, un ejército con arcabuces cuyas mechas estaban ardiendo: ¡tal es lo que cuentan los testigos del hecho.<sup>1</sup> Pero la

1 "Como hacia tan oscuro, habia muchos *cocuyos* (asi los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, y los de Narvaez creeron que eran muchas de las escopetas." Bernal Diaz, capxx, 122

facilidad con que se rindieron debe atribuirse igualmente á la cobardía del comandante y al disgusto de los soldados, los cuales deseaban militar bajo las banderas de Cortés.

El cuerpo de caballería, que como recordará el lector habia apostado Narvaez en uno de los caminos de Zempoalla, para impedir los movimientos de su rival, sabiendo lo que habia pasado no tardó en rendirse. Todos los soldados del ejército derrotado se vieron obligados en señal de obediencia á rendir las armas en manos de los alguaciles y á jurar que reconocian á Cortés por Justicia Mayor y Capitan General de la colonia.

No se sabe á punto fijo cuál fué el número de los muertos; mas parece probable que del lado de los vencidos murieron doce y la mitad de este número del lado de los vencedores: esto se esplica fácilmente atendiendo al poco tiempo que duró la refriega y á lo erradas que debian ser las punterias en medio de la oscuridad de la noche. El número de heridos fué mucho mas considerable.<sup>1</sup>

1 Narvaez, ó mejor dicho, su procurador, hace subir el número de los muertos por parte de éste, á un número mucho mas considerable. Pero estaba en sus intereses exagerar el daño ocasionado por Cortés: la confrontacion de lo que dicen éste, sus compañeros y sus enemigos, ofrece el medio mas seguro de saber aproximativamente la verdad. "E allí le mataron quince hombres que murieron de las heridas que les dieron, é les quemaron seis hombres del dicho incendio, que despues parecieron las cabezas dellos quemadas, é pusieron á sacomanó todo cuanto traian los que ve-

Cortés había quedado dueño absoluto del campo: pocas horas habían bastado para trocar la condición de aquel; de la de un proscrito errante y cabecilla de un puñado de desnudos aventureros, de la de un rebelde á cuya cabeza se había puesto precio, en la de un jefe independiente que podía disponer de un ejército bastante para afianzar sus presentes conquistas, y aun para realizar sus encumbrados proyectos de ambición. Mientras los soldados llenaban el aire con aclamaciones de triunfo, el general victorioso tomando el aire que convenia á su cambio de fortuna, se sentó en una magnífica silla, y vestido de un rico manto que pendia de sus hombros, fué recibiendo uno por uno á todos los oficiales y soldados que venian á felicitarle. A los últimos permitió que le besasen la mano; á los oficiales dirigió palabras de cortesía, y cumplimiento, y á Bermudez el tesoro del ejército vencido y á algunos otros sus amigos antiguos, los abrazó cordialmente. <sup>1</sup>

nian con el dicho mi parte, como si fueran moros, y al dicho mi parte robaron y saquearon todos sus bienes, oro é plata, é joyas.' Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.

<sup>1</sup> "Entre ellos venian Andrés de Duero y Agustín Bermudez y muchos amigos de nuestro capitán, y así como venian iban á besar las manos á Cortés que estaba sentado en una silla de cadenas con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver que alegre estaba: y tenia mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano, se fueron cada uno á su posada." Bernal Díaz, cap. 122

A Narvaez, á Salvatierra y á algunos otros capitanes que le eran enemigos, se los trajeron cargados de cadenas: aquel acto de profunda humillación debe haber causado al primero mayor angustia de espíritu que la que le causaba la agonía de sus heridas. "Razon tendreis, Sr. Cortés," le dijo, "para agradecer á la fortuna que tan fácilmente habeis tomado mi persona."—"Mucho tengo que agradecerle," replicó; "lo menos que yo he hecho en esta tierra en que estoy, es haberos prendido." <sup>1</sup> En seguida mandó que se les asistiese con mucha eficacia de sus heridas, y los envió á Veracruz á buen recaudo.

No obstante la altiva humildad de Cortés, no pudo él dejar de conocer que su triunfo sobre Narvaez, era una de las mas brillantes hazañas de su carrera militar. Con unas cuantas veintenas de compañeros mal vestidos, peor calzados, cansados por marchas forzadas, con todas las desventajas personales posibles, faltos de armaduras y aprestos militares, había atacado en sus propios cuarteles á un enemigo triple en número, lo había derrotado, lo había hecho

<sup>1</sup> Ibid, loco citato. "Díjose que como Narvaez vido á Cortés estando así preso le dijo: Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habeis tenido, é lo mucho que habeis hecho en tener mi persona ó en tomar mi persona. E que Cortés le respondió é dijo: lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tuvo mucho tiempo preso." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 47.

prisionero, no obstante que tenia éste caballería y artillería, que estaba perfectamente equipado y provisto de toda especie de municiones de guerra. El monto total de las tropas empeñadas en esta refriega, no era en verdad muy considerable; mas no por eso dejaban de ser desproporcionadas las del uno con respecto á las del otro; por manera que este triunfo siempre debe tenerse por notable en los fastos de la guerra.

Verdad es, sin embargo que hubo algunas circunstancias absolutamente casuales de que dependió en parte la victoria; tal es, por ejemplo, que Velazquez de Leon no haya sido infiel; en cuyo caso la expedicion se habria malogrado. <sup>1</sup> Si el tiempo hubiera sido bueno la noche del ataque, el enemigo habria tenido noticia segura de que él se acercaba y se habria preparado á recibirle. Pero esta especie de contin-

<sup>1</sup> Oviedo dice que los militares discutian sobre si Velazquez de Leon debia de seguir el partido de Cortés mas bien que el de su pariente el gobernador de Cuba; y se decidian á favor del primero fundándose en que de éste habia recibido inmediatamente su comision. "Visto he platicar sobre esto á caballeros y personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia en acudir ó no á Diego Velazquez ó á el Pánfilo en su nombre, é convienen los veteranos milites é á mi parece determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitán para que con aquella gente que él le dió, ó toviese en aquella tierra como capitán particular, le acudiese á él ó á quien le mandase, Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez; mas si le hizo capitán Hernando Cortés é le dió él la gente; á él debia acudir, como acudíó, excepto si viera carta ó mandamiento espreso del Rey en contrario." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

gencias entran en todo género de empresas. La habilidad del general lo que sabe es sacar partido de ellas, aprovechar la sonrisa de la fortuna y hacer que le ayuden hasta los mismos elementos.

Si Velazquez de Leon era en efecto, lo que despues se vió, un oficial digno de que le confiase el mando el general, la sagacidad de éste lo descubrió: su astucia la que convirtió á un poderoso adversario en amigo, y amigo tan adicto que prefirió seguir la incierta fortuna de Cortés á la del gobernador de Cuba, su prócsimo pariente y antiguo protector. Su habilidad es tambien la que le grangeó tal ascendiente sobre los soldados, que aun en los momentos mas terribles le permanecieron fieles y ni uno solo le abandonó. <sup>1</sup> Si el buen écsito del asalto dependió en la mayor parte de la oscuridad de la noche y el ruido de la tempestad, tambien es debido á Cortés que supo arreglar las cosas de manera que pudiese aprovechar estas circunstancias propicias. Entre la concepcion y la ejecucion de sus planes medió el menor tiempo posible: en poquísimos dias bajó de la capital hasta la playa, como un torrente baja de las

<sup>1</sup> El reflexivo Oviedo atribuye este influjo á su trato abierto liberal y franco que tan fuerte contraste formaba con el del gobernador de Cuba. "En lo demas, valerosa persona ha seido é para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué muy bien partido é gratificador de los que le vieron, fué mucha causa juntamente con ser malquisto Diego Velazquez, para que Cortés se saliera con lo que emprendió é se quedase en el oficio é gobernacion." Ibid, ubi supra.

montañas, arrasando con cuanto encuentra antes de que se pueda oponerle una barrera que lo contenga. Esta celeridad de movimientos, efecto de un entendimiento claro y de una voluntad poderosa, ha formado siempre uno de los primeros recursos estratégicos de los grandes capitanes, y ha sido el rasgo prominente de sus más famosas hazañas. En el caso presente no se puede dudar que contribuyó en gran parte al triunfo.

Pero sería ver las cosas muy mezquinamente considerar que la batalla en que fué derrotado Narvaez, se dió toda ella en Zempoalla; no, que había empezado en México. Con ese influjo irresistible que ejercía Cortés sobre todo cuanto le rodeaba, convirtió en sus amigos y agentes á los emisarios de Narvaez. Los informes de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo y el oro del general, todo fué diligentemente empleado para hacer vacilar la lealtad de los soldados; de suerte que la batalla ya estaba medio ganada aun desde antes de dar un solo golpe: puede decirse que se ganó tanto con el oro como con el acero. Cortés previó todo tan exactamente, que su principal mira fué hacerse de la persona de Narvaez; seguro de que en este caso, la indiferencia con que veían á este los soldados y el afecto que le tenían á él, los atraería después á todos bajo sus banderas. No se engañó: Narvaez dijo con bastante verdad algunos años después-

que "á él le habían vencido sus propias tropas, no las de su rival, y que habían sobornado á los suyos para que le vendiesen." <sup>1</sup> Solo así se puede explicar la breve é ineficaz resistencia que hicieron.

1 En una conversacion que tuvo Narvaez en Toledo, en 1525 con Oviedo mismo, se quejaba amargamente, como era natural, del modo de proceder de su rival. Esta conversacion que nunca ha sido impresa, puede tener interés para un lector español: "que el año 1525, estando César en la festividad de Toledo, ví allí al dicho Narvaez é públicamente decia que Cortés era un traidor é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas é feas palabras, llamándole alevoso é tirano é ingrato á su señor, é á quien le había enviado á Nueva-España que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le había alzado con la tierra é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. A esto decia él que lo habían vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le había sobornado." *Ibid*, ubi supra.